

Bautismo. Año B

Lectio divina sobre Mc 1,7-11

Con suma brevedad el evangelista relata el inicio del ministerio público de Jesús: la predicación del Bautista y la intervención pública del Padre lo identifican como el Dador del Espíritu e Hijo predilecto de Dios. La narración sirve para descubrir la verdadera identidad de Jesús: es mucho más de cuanto se podía esperar de uno que 'llega de Nazaret', puesto que puede bautizar con el Espíritu de Dios, algo que ni siquiera el Bautista hacía. Dios en persona rompe su silencio, y el cielo, para declararlo públicamente su hijo. Difícilmente podría empezar mejor la 'vida de Jesús', el Mesías e Hijo de Dios. Así da a entender Marcos a sus lectores que su personaje no es un hombre de Dios más y que su mensaje no es simple buena noticia. En su persona y en su predicación se va a hacer presente el mismo Dios, porque da su Espíritu.

En aquel tiempo, ⁷Juan:

— *Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias.*

⁸*Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.*

⁹**Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán.**

¹⁰**Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. ¹¹Se oyó una voz del cielo:**

— *Tú eres mi Hijo amado, mi preferido*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Marcos introduce su relato, *la buena noticia de Jesús, Cristo, Hijo de Dios* (Mc 1,1), con un prólogo (Mc 1,2-13), en el que, antes de presentar a su protagonista, concede espacio y voz, primero, al Bautista, su precursor (Mc 1,2-8), e inmediatamente después, a Dios en persona, quien se define como el Padre complacido de Jesús. Antes de que Jesús quede identificado con lo que dice y haga, Dios se identifica con él.

El narrador poco dice sobre su personaje: procede de la menospreciada Nazaret (cf. Jn 1,46) y, como signo de su voluntad de conversión (Mc 1,4), se deja bautizar por Juan. Inicios poco prometedores, a no ser por el testimonio que da Dios sobre Jesús; este testimonio, el tercero y definitivo de una serie (Mc 1,1.7-8.11), es el centro del episodio: Dios dice quién es Jesús para Él; superando con creces la declaración del Bautista y sus expectativas (Mc 1,7-8) y antes de que lo digan otros (Mc 1,24; 5,6), Dios se declara padre suyo. Identificando a Jesús como hijo Dios se ha identificado a sí mismo: Jesús lo define como padre. No cabe mejor presentación: ha sido Dios quien se ha identificado con un hombre de Nazaret, bautizado en el Jordán. Al creyente en ese Dios no le queda más remedio que aceptar a Jesús tal como su Dios lo ve: comprender a Jesús, y quererlo, con los ojos y el corazón de Dios es el quehacer de los creyentes.

La breve escena es, pues, el relato de la llamada de un hombre a ser hijo de Dios. Cuenta, en efecto, la *vocación* de Jesús a ser, y a actuar como, *hijo de Dios* (cf. Sal 2,7). Aun desconocido, la aparición de Jesús a orillas del Jordán abre a Dios las ganas de comunicarse con su pueblo y comunica su Espíritu a su ungido por el agua bautismal. Donde esté Jesús, por insignificante que sea su presencia, estarán abiertos los cielos de par en par, el Espíritu al caer y Dios por hablar. El tiempo de la espera ha terminado. ¿A quien esperar aún, si el Hijo ya ha venido? Cuando Dios no habla, y donde Él no significa nada, Jesús está ausente; donde se presenta, aunque sea en pleno desierto, Dios rompe su silencio y los cielos.

Es Dios quien se dice *Padre de Jesús*; y su palabra, como afirmación de Dios, crea cuando dice (Gn 1,3.6.9.11.13-14.20-24), hace hijo a quien así llama. Es al padre a quien corresponde reconocer a su hijo, aceptándolo públicamente como propio. Y Dios cumple con su papel paterno en el momento mismo en que Jesús aparece en escena; antes incluso de que haya dicho o hecho algo que demuestre su filiación, Jesús es presentado por Dios como hijo y Dios se presenta como su Padre. Ser hijo es consecuencia del querer del padre: Jesús es hijo *querido* de Dios. Este amor paterno precede, y acompañará, su ministerio: el hombre de Nazaret es el hijo de Dios. El relato que ahora se inicia no es la crónica de la actuación de un hombre, por grande que sea; es la narración del comportamiento del Hijo de Dios. Dios está al origen, en el fondo, de la vida y obra de Jesús de Nazaret; cuanto de él se cuente es *evangelio* de Dios.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Celebrada la navidad, volvemos a contemplar a Jesús mientras caminaba entre los hombres, predicando a Dios y su reino. Se nos da así la ocasión de revivir las circunstancias de su paso entre los hombres, lo que nos ayudará a vivir, como debemos, todos los días junto a ellos sin desesperar de encontrarnos un día con el Dios-con-nosotros, que es Jesús de Nazaret.

Iniciando este camino, el evangelio hoy nos presenta a Jesús, ya adulto, que baja al Jordán para ser bautizado por Juan. Para Jesús tuvo que ser ésta una decisión fundamental, tanto como para señalar un hito en su vida: hasta este momento, y

aunque apenas sepamos algo de cuanto pudo haber hecho antes o cómo debió haber vivido, se puede decir que llevó una existencia normal, la que correspondía a un campesino galileo; de ahora en adelante, vivirá en los caminos, sin techo ni familia propias, anunciando cercano el reino de Dios y acercándose a los hombres que quisieran escucharle; casi todo cuanto sobre él sabemos, los milagros que conocemos así como sus parábolas, las continuas disputas con sus antagonistas y la difícil relación con sus discípulos, su vida errante y su muerte trágica, corresponde al período que sigue a este encuentro con el Bautista y es su consecuencia lógica. El bautismo transformó radicalmente a Jesús: si tanto significó para él, ¿qué no podrá significar para nosotros?

Para los judíos el bautismo era una práctica penitencial; quien lo recibía, reconocía sus propios pecados y buscaba de todo corazón volver a Dios. Jesús se unió a una muchedumbre que descendía al Jordán en busca de perdón y ansiosa de conversión; pero su bautismo no fue efecto de su arrepentimiento: Dios en persona se encargaría de disipar cualquier sombra de duda al declararlo públicamente su Hijo Predilecto. Quienes fueron al Bautista para acercarse a Dios, encontraron en aquel compañero de camino al Dios que habían perdido: el Dios que creían alejado de sus preocupaciones y de su pecado, el Dios que tantas veces habían desconocido estaba junto a ellos, camino del Jordán. Y el Hijo de Dios, identificado ante la gente y Juan por su Padre, no sabe hacer otra cosa que predicar la conversión y acercar el Reino a quien más los necesitan: ser totalmente de Dios, pertenecer a su familia, lo pone a disposición de cuantos pertenecen a Dios y aún no son totalmente suyos.

Jesús descubrió su misión personal, cuando quedó al descubierto: presentado como hijo predilecto de Dios, no pudo por menos que cuidarse de cuanto interesaba a su Padre; no pudo ocultarse más entre los hombres que buscaban a Dios, porque Dios identificó como Hijo. Cuanto más cercano a Dios se sabía, tanto más necesidad sentía de acercarse a Dios a los hombres: en el Jordán Dios no pudo silenciar cuánto le importaba Jesús, y a partir de entonces Jesús no pudo guardar silencio sobre lo mucho que le importaba Dios y su reino. Mientras no se supo de su relación con Dios, podía Jesús guardar anonimato y se considerado un galileo más; desde el momento en que Dios, rompiendo su silencio y los cielos, lo proclamó hijo querido, no tuvo más misión en la tierra que proclamar el querer del Padre que está en los cielos. Saberse hijo de Dios lo convirtió en misionero, haber sido anunciado como predilecto le llevó a anunciar al Dios que tanto le quería: sentirse amado por Dios lo hizo su envidado. Si con su bautismo Jesús obligó a Dios a dar testimonio en su favor, con la declaración de Dios y la concesión de su Espíritu, Jesús se convirtió en apóstol del Padre. Puesto que todos sabían ya quién era, debía dar a conocer a Dios a todos.

No deberíamos olvidarnos hoy de que también nosotros hemos sido, como Jesús y en su nombre, bautizados. Que no nos acordemos ya de aquel día lejano, no nos libra de sus consecuencias: cierto, el día de nuestro bautismo no se abrió el cielo ni los asistentes no oyeron la voz de Dios; pero no por ello somos nosotros menos hijos de Dios. Contemplar hoy a Jesús, llamado hijo por su Dios y llamado a predicar su reino, tendría que ayudarnos a recuperar nuestra dignidad de hijos y nuestra misión de testimonios, un honor y una tarea que hemos recibido al mismo tiempo el día de nuestro bautismo.

Si a veces no logramos sentirnos amados por Dios, si con frecuencia no somos capaces de encontrar al Padre en el Dios a quien acudimos, ¿no será que, a diferencia de Jesús, nos hemos olvidado de la misión del hijo, el quehacer que Dios impone a quien reconoce como hijo suyo el día mismo de su adopción? Si el reino de Dios no ocupa nuestro corazón y nuestras manos, si no nos preocupan los asuntos de nuestro Padre, no podremos jamás sentirnos, aunque lo seamos, familia de Dios: el Dios de Jesús deja de ser familiar con quien no se familiarice con su voluntad. Si no nos interesa proclamar a los otros lo que nosotros ya somos, si Dios y su reino no se hace presente en nosotros, ¿con qué derecho nos lamentamos de que Dios nos se comporta con nosotros como debería un padre? Quien se sabe hijo, actúa como tal: se siente amado, sólo quien ama; seremos capaces de percibir la preocupación de Dios por nosotros, sus atenciones, si dejáramos mejor atendidas las preocupaciones de Dios: Dios no entrará de lleno en nuestro corazón, si su reino no ha llenado nuestros días y nuestras manos; quien no se interesa por Dios, difícilmente podrá sentir el interés de Dios.

Perdemos mucho tiempo los cristianos, a veces toda la vida, cuando sólo nos interesa de Dios sus gracias y no su voluntad, sus dones y no el reino. Si sólo nos preocupa que Dios se nos muestre bueno, algo mejor hoy de cuanto fue ayer, no sentiremos su amor: el hijo no duda del cuidado del Padre y cuida de los intereses familiares sin esperar salario a cambio. Preocuparse un poco más por cuanto hay que hacer aún en el mundo para que Dios vuelva a ser conocido y amado, respetado y bendecido, nos convertiría en sus hijos amados. Ese fue el camino de Jesús que hoy estamos contemplando. Nosotros, en cambio, cuanto más nos despreocupamos de Dios y de sus cosas tanto más le exigimos que se ocupe de nosotros y de lo nuestro. Jesús, el hijo de Dios por antonomasia, no se quedó contento por serlo, no continuó viviendo en el anonimato su propia dignidad: predicó al Dios del que se sabía Hijo, se dio a conocer como familiar de Dios mientras familiarizaba con El y su reino a sus oyentes.

Dediquémonos a contemplar a Jesús: es él nuestro cielo abierto y la voz de nuestro Dios, su Hijo más querido. Y veamos en él cuanto estamos llamados a ser: hijos de Dios y misioneros del Padre. Hijos nos haremos si nos hacemos sus testigos: Dios no espera de nosotros otro milagro ni mayor prodigio que el que recuperemos el coraje de anunciarlo como Padre. Hagamos nuestra la misión de Jesús y Dios nos reconocerá como sus hijos: decir al mundo que tenemos un Padre en nuestro Dios, nos convertirá en hijos suyos queridos. ¿Podríamos aspirar a más con tan poco esfuerzo?